

consciente se escinde en dos horizontes básicamente distintos: el del mundo concreto, inmediato de la existencia cotidiana, su misión de autoconservar y perpetuar la especie, y el horizonte del misterio, en el que respira como ser creador de cultura, ávido de conocimiento y ávido por destramar el velo de lo desconocido que lo circunda y donde su existencia «tiene el perfil de permanente tensión con un desenlace repetido más y más» (*Arte y valor*).

Para Sábato, el horizonte del misterio absorbe con intensidad implacable a quienes habitan preferentemente en su luz y produce una trágica dicotomía en el seno de la especie, condenando a irremisible soledad a los predestinados a un papel creador. Así lo manifiesta el pintor Juan Pablo Castel en la primera de sus novelas: el hombre predestinado a existir en el horizonte del misterio es aspirado por un túnel sombrío y solitario donde transcurren sus días esperando la llegada de un instante en que este túnel se una al otro para truncar la soledad y, por lo menos, avvicinarsé al nuevo, a través de cuyas paredes translúcidas se distingue «otra figura silenciosa e inalcanzable». Mientras tanto, más allá de los túneles solitarios se extiende «el mundo anchuroso, sin límites, de aquellos que no viven en los túneles», «la vida agitada que llevan los hombres que están fuera, vida curiosa y absurda con bailes, fiestas, alegrías y frivolidades».

A esta situación existencial se sobrepone una dramática dualidad de la conciencia: «Cuántas veces esta maldita división de mi conciencia no ha sido culpada de hechos atroces —confiesa Castel—. Mientras una parte me empuja a portarme debidamente con los hombres, la otra denuncia fraude, hipocresía y falsa generosidad; mientras una me obliga a insultar a un ser humano, la otra comparte el dolor con él y me acusa a mí mismo de cuanto señalo en los demás; mientras una me permite advertir la hermosura del mundo, la otra me señala su imperfección y lo ridículo de todo sentimiento de felicidad.»

Del drama ontológico del hombre capaz de pensar la existencia surge la trágica falta de comunicación entre los hombres, la ausencia de un denominador común al examinar la realidad y el dramático derrumbe bajo el peso de la sospecha y de la duda convertidos en únicos instrumentos para la verificación de las relaciones humanas —como en el caso del pintor Castel, de *El túnel*— o la caída en el culto al mal como arte que rige las relaciones interhumanas y la caída al infierno monstruoso de la alucinación en el capítulo «Informe sobre ciegos» en *Sobre héroes y tumbas*, que abarca la experiencia demencial consignada por Fernando Vidal Olmos mientras busca «el misterio central de la existencia en el horror y la degradación».

Si la obra de Sábato se detuviera en la encarnación de tales conceptos amargos sobre la existencia, el hombre y sus relaciones, gravitaría sin ningún interés particular en la órbita de la literatura existencialista con matices de pesimismo que ha conocido cierta demanda en los años grises de la posguerra para caer luego en desuso. Con este material empañado de amargura, el arte de Ernesto Sábato construye, sin embargo, un cosmos coherente, traspasado por la alternancia de luz y tinieblas en la lucha entre pureza y daño, entre el bien y el mal, entre construcción racional e informe. En este cosmos penetrado de sentido Sábato proyecta todas las inquietudes y decepciones de una época profundamente agitada de la historia, la compleja y vasta realización llena de contradicciones y de graves problemas de la sociedad argentina de hoy vista en su más complicado tramo, la vida babilónica de la gigantesca metrópoli, Buenos Aires. La ambición desmesurada del autor consiste en hacer el balance de la situación actual del hombre atrapado en el engranaje tremendo de una ciudad saturada de dinamismo y conflictos económicos, sociales y humanos, y paralelamente una síntesis del destino de la Argentina, confrontando el presente con un momento dramático de la historia del país: la derrota de la Legión de Lavalle por las tropas del dictador Rosas, de la mezquindad y cobardía farisaica con la hombría para desafiar el destino. La inmensidad de este objetivo le ha surgido claramente al autor, quien dio voz a la conciencia de las dificultades en una página memorable de *Sobre héroes y tumbas*:

Todo era tan frágil, tan transitorio —pensaba Bruno—. Escribir al menos para eso, para eternizar algo pasajero. Un amor acaso. *Alejandra*, pensó. Y también *Georgina*. Pero ¿qué, de todo aquello? ¿Cómo? Qué arduo era todo, qué vidriosamente desesperado.

Además, no únicamente se trataba de eternizar, sino de indagar, de escarbar el corazón humano, de examinar los repliegues más ocultos de nuestra condición.

Nada y todo, casi dijo en alta voz, con aquella costumbre que tenía de hablar inesperadamente en voz alta, mientras se reacomodaba sobre el murallón. Miraba hacia el cielo tormentoso y oía el rítmico golpeteo del río lateral que no corre en ninguna dirección (como los otros ríos del mundo), el río que se extiende casi inmóvil sobre cien kilómetros de ancho, como un apacible lago, y en los días de tempestuosa sudestada como un embravecido mar. Pero en ese momento, en aquel caluroso día de verano, en aquel húmedo y pesado atardecer, con la transparente bruma de Buenos Aires velando la silueta de los rascacielos contra los grandes nubarrones tormentosos del Oeste, apenas rozado por una brisa distraída, su piel se estre-

mecía apenas como por el recuerdo apagado de sus grandes tempestades; esas grandes tempestades que seguramente sueñan los mares cuando dormitan, tempestades apenas fantasmales e incorpóreas, sueños de tempestades que sólo alcanzan a estremecer la superficie de sus aguas como se estremecen y gruñen casi imperceptiblemente los grandes mastines dormidos que sueñan con cacerías o peleas.

Nada y todo.

Se inclinó hacia la ciudad y volvió a contemplar la silueta de los rascacielos.

Seis millones de hombres, pensó.

De pronto todo le parecía imposible. E inútil.

Nunca, se dijo. Nunca.

La verdad, se decía, sonriendo con ironía. LA verdad. Bueno, digamos: UNA verdad, pero ¿no era una verdad la verdad? ¿No se alcanzaba «la» verdad profundizando en un solo corazón? ¿No eran al fin idénticos todos los corazones?

Un solo corazón, se decía.

Un muchacho besaba a una chica. Pasó un vendedor de helados en bicicleta: lo chistó. Y mientras comía el helado, sentado sobre el paredón, volvía a mirar el monstruo, millones de hombres, de mujeres, de chicos, de obreros, empleados, de rentistas. ¿Cómo hablar de todos? ¿Cómo representar aquella realidad innumerable en cien páginas, en mil, en un millón de páginas? Pero —pensaba— la obra de arte es un intento, acaso descabellado, de dar la infinita realidad entre los límites de un cuadro o de un libro. Una elección. Pero esa elección resulta así infinitamente difícil y, en general, catastrófica.

La construcción artística destinada a cumplir este sueño audaz de «tomar el humo con las manos», desarrollada con extrema lucidez, un sentido excepcional de las proporciones y una singular intuición del detalle representativo, capaz de insuflar vida a un conjunto de hechos o situaciones donde los pormenores se acumulan en profusos vuelcos de tempestad, forjando paso a paso un universo alucinante de magnífica coherencia. Y donde todo se engarza con la frialdad exacta e inexorable de una demostración matemática. Los cuatro capítulos de la novela («El dragón y la princesa», «Los rostros invisibles», «Informe sobre ciegos» y «Un dios desconocido») son los tiempos de una espaciosa respiración musical. El primero, enfundado en tonalidad sombría de encuentros con la soledad angustiada de la gran ciudad. El segundo, construido por disonancias violentas como el enfrentamiento de los destinos y el grito herido de la ingenuidad desgarrada por lo absurdo de la existencia y por el surgimiento de sus regiones infernales. El tercero, marcando la victoria demencial de la

pesadilla y de lo deforme, de las fuerzas infernales, monstruosas, sobre el orden racional. Y el cuarto, urdido por la tentativa humana de comprender y explicarse lo terrible y poderlo detener.

Esta construcción difícil, forjada con arte lúcido, ordenada, que siempre enfrenta al plano de conjunto, pero que se ahonda con pasión sensual en el modelado de la encarnación rica en detalles, se alza inconténible desde el fárrago turbador del sondeo a la existencia, en el ángulo lúcido e implacable de la meditación filosófica, configurando incuestionablemente una de las grandes obras novelísticas de nuestro tiempo.

FRANCISCO PACURARIU

Editura Pentru Literatura Universala
BUCAREST, 1968